

31 CL. ANALISTAS  
F. 141 +  
3

## EL ANALISTA: ENTRE CONTRATRANSFERENCIA Y ESTILO

Víctor Iunger

Como lo dice el título, hablaré hoy de la contratransferencia y del estilo. En particular, del estilo del analista. Ya veremos a lo largo de la exposición, la pertinencia de estas cuestiones para la ocasión de estas jornadas, cuyo título es: "El padre en la clínica lacaniana".

Si bien la cuestión del estilo fue tomada en diversas oportunidades y por diferentes autores, comenzando por el mismo Lacan, en su preliminar a los *Écrits* titulado "Apertura de esta compilación"<sup>(1)</sup>, el concepto de contratransferencia fue dejado de lado por los analistas de filiación lacaniana, situado entre lo no dicho y lo desconocido, lo teóricamente desechado y lo clínicamente soslayado. En el mejor de los casos algunos autores, como Porge y también Cottet, se refieren a la cuestión para despejar el concepto de deseo del analista, eludiendo al mismo tiempo, la problemática de la contratransferencia allí pertinente, precisamente por ese desgajamiento mismo.

Al comentar con algunos amigos mi idea de hablar sobre este tema, encontré diversos ecos. Algunos se mostraron muy interesados, mientras que a otros les provocó una respuesta que, cortésmente, podríamos llamar de desconfianza y de reparo. Uno de ellos me dijo: "¿Contratransferencia? Mmm... tema complicado". En verdad, a mí también me resulta complicado. Creí advertir que estaba tocando un dogma que circula entre nosotros. No directamente, pero el contexto de sentido de lo que se me decía, era del orden de que contratransferencia no hay, o hay que suprimirla. Lo cual confirmaría lo expresado antes. Es, en cierto modo un concepto bastardo y desechable para el "lacanismo", utilizo a propósito este término, que no me gusta mucho.

Un ejemplo más preciso de lo que estoy diciendo, es la lectura que le escuché hacer a una persona de indudable seriedad, del siguiente párrafo de "La dirección de la cura...": "Tal es por lo menos el estremecimiento que nos recorre ante las expresiones de moda referentes a la contratransferencia, contribuyendo sin duda a enmascarar su impropiedad conceptual...". Se puede advertir la ambigüedad de esta calificación. Se puede pensar que la "impropiedad conceptual" es del concepto de contratransferencia, o bien, de las "expresiones de moda referentes a la contratransferencia". El modo en que Lacan retoma el concepto dos

o tres veces en ese mismo texto, y expresiones posteriores, especialmente en los seminarios "La transferencia" y "La angustia" invitan a leer este párrafo en el sentido de que la "impropiedad conceptual" es la de las "expresiones de moda" referentes a este concepto, expresiones que Lacan discute en "La dirección de la cura...", mientras que nuestro colega la atribuía al concepto mismo de contratransferencia. Creo que algo de esta lectura errónea ha sostenido teóricamente los prejuicios que, han circulado en las conceptualizaciones teóricas de los analistas de filiación lacaniana<sup>(2)</sup>

Ustedes ven la ambigüedad de esta calificación. Se puede pensar que la "impropiedad conceptual" es del concepto de contratransferencia o bien de las "expresiones de moda" referentes a este concepto, expresiones que Lacan discute en este texto. Creo que algo de esta ambigüedad ha sostenido teóricamente los prejuicios que al respecto ha habido entre los analistas de filiación lacaniana.

Como se puede advertir a partir de la lectura de estos párrafos de "La dirección de la cura..."<sup>(3)</sup>, no se puede zanjar la ambigüedad mencionada. Si bien Lacan nos invita a desconfiar del término contratransferencia y lo califica de "impropio"<sup>(3)</sup>, no termina de desecharlo. Sin embargo en este movimiento de la teoría, que a partir de la crítica del concepto de contratransferencia lo termina sosteyando, en un error simétrico e inverso al que pretende corregir, se juega una verdad implícita: Los autores postfreudianos y prelacanianos, al tiempo que daban un amplio despliegue a la cuestión de la contratransferencia, al no desgajar de allí, precisamente, el lugar teórico que el concepto "deseo del analista" viene a cubrir, dejaban la cuestión de la subjetividad de aquel que ocupa la posición del analista en una confusión entre lo que allí hay del deseo del analista y la subjetividad analizante del analista. Lo cual llegó al extremo sostenido por aquellos que, a partir de Paula Heimann, postularon la contratransferencia como guía de la interpretación, cuando no de la dirección de la cura.

Indudablemente, el concepto lacaniano de deseo del analista viene a ordenar la cuestión: este concepto fue extraído de esa confusión que reinaba en la noción de contratransferencia, al tiempo que, así lo afirmo, se le dejaba propiedad conceptual de contratransferencia, aunque, como dije antes, este concepto no haya sido retomado. El mismo hecho de desgajar la cuestión del deseo del analista permite dar lugar a esta cuestión de fundamental implicación clínica, como es la de la contratransferencia.

Freud introduce este concepto en "El porvenir de la terapia psicoanalítica", en 1910; y lo retoma en un solo lugar, "Puntualizaciones sobre el amor de transferencia" en 1915. Lacan trata este concepto también en contadas ocasiones. Además del seminario "La transferencia" y su escrito "La dirección de la cura..."<sup>(3)</sup>, retoma la cuestión en el seminario "La angustia", haciendo allí precisamente el ordenamiento mencionado, a partir del concepto de deseo del analista. En la lección

del 27 de febrero de 1963, Lacan dice que en "la dificultad del abordaje de estos autores - se refiere a Lucy Tower, Sasz, Margaret Little y Barbara Low - en lo relativo a la contratransferencia, el obstáculo está en el problema del deseo del analista". Agrega Lacan: "Ninguno de esos autores puede evitar poner las cosas en el plano del deseo".

Entré las concepciones de la contratransferencia que esos autores ponen en juego, en medio de las cuales está problemáticamente planteada la cuestión del deseo del analista, se encuentran las siguientes, que sólo voy a nombrar. Una de ellas es la contratransferencia entendida como "respuesta total" del analista al analizante, ya sea como interpretación, sentimientos o comportamiento. Otra concepción entiende la contratransferencia como "reacciones impulsivas" del analista frente a su analizante. Una tercera se refiere al "compromiso" del analista, que en los textos de esos autores - según Lacan- presentan "... las vacilaciones más extremas, desde la responsabilidad cien por cien hasta la más completa salida del apuro..." Otra idea de la contratransferencia plantea la reciprocidad, la acción recíproca entre el comportamiento, el sentimiento y las asociaciones del analista y del analizante.

Lacan, en ese mismo seminario plantea que "... una exacta definición de la contratransferencia que podría ser dada muy simplemente, que bien simplemente no ofrece sino un inconveniente como definición, el de descargar completamente la cuestión de su alcance, es decir que es contratransferencia todo aquello que, de lo que recibe en el análisis como significante, el psicoanalista reprime". Yo diría que efectivamente es una definición limitada en su alcance, porque solo toma el registro de lo simbólico y deja de lado lo real y lo imaginario. Preferimos una definición un poco más amplia, que aquí proponemos: llamaremos contratransferencia a lo que el analista pone en juego en la cura en tanto sujeto haciendo obstáculo al deseo del analista, ya sea que se trate de lo reprimido en el plano del significante - registro de lo simbólico-, de su goce en el plano del objeto - registro de lo real -, o de sus afectos - registro de lo imaginario -.

De este modo, podríamos pensar la relación entre deseo del analista y contratransferencia, así desgajados, como una relación inversa; a mayor incidencia del deseo del analista en la posición de quien ocupa ese lugar, puesta en juego de la dimensión de la contratransferencia; y, viceversa, ahí donde la contratransferencia avanza, hay una caída, una disminución, un obstáculo que hace retroceder la dimensión deseo del analista.

Pero, ¿qué es el deseo del analista? También aquí voy a plantear una cierta definición, muy general: es la puesta en juego, en el centro de la teoría de la transferencia, del aforismo lacaniano "el deseo del hombre es el deseo del Otro". Lo cual plantea la doble lectura del término "del" en este aforismo. Entre otras cosas, de las que no se excluye el deseo del analizante puesto en juego en la cura y dirigido hacia el analista, se trata, del deseo que el analista despliega en su práctica.

Particularizando, del deseo del analista podemos decir algunas cosas. En primer lugar, le adviene al sujeto en función del pase en el análisis. Entonces, ¿hasta el fin del análisis no hay deseo del analista? ¿en qué sostendría la práctica del análisis de quien no ha terminado el análisis, y que se autoriza de sí mismo, que es por otra parte lo que ocurre casi siempre? Pensamos - y creo que se trata de una idea ampliamente compartida - que el pase es un lugar que se atraviesa varias veces en la cura. Mas aún, precisando, podríamos decir que un pase se produce en cada acto analítico, - en el sentido fuerte del término -, hasta esa vuelta final que constituye el pase propiamente dicho. En cada uno de estos pases se produce una pérdida de goce que da lugar al advenimiento del deseo. Ahí donde el advenimiento del deseo queda tomado por las marcas de ese sujeto en una cierta dirección, se produce el advenimiento del deseo del analista.

Esta dirección del deseo se produce en el sentido de establecer una diferencia absoluta. Es un deseo cuya definición podríamos especificar, con Lacan, como deseo de diferencia absoluta, ¿entre qué y qué?: Entre lo que es del orden del ideal y lo que es del orden del objeto *a*. Allí donde el amor de transferencia tiende a instalar la coalescencia entre *I* y *a*, en esa dimensión que tiene que ver con la identificación, allí el deseo del analista hace corte, operando hacia el establecimiento de una máxima diferencia entre *I* y *a*.

Hay otras dimensiones, pero voy a tomar sólo dos. La primera, es que el deseo del analista implica una *X*, la incógnita de una ecuación, la puesta en juego de un lugar vacío, de un enigma a cuya solución se entrega el analizante a lo largo del análisis y que constituye uno de los núcleos de la transferencia. Es función del deseo del analista operar esa *X* de modo tal que el enigma se mantenga. También podemos decir que el deseo del analista es la *X* misma, el mismo enigma. Esta última dimensión fue desarrollada por Lacan en la "Proposición del 9 de octubre de 1967". Sin embargo y paradójicamente esta operación de un lugar vacío, no excluye - y esta es la otra dimensión - la incidencia radical de la particularidad del deseo de quien opera esa *X*, dándole cuerpo y soporte pulsional al deseo del analista.

Así planteadas las cosas voy a hablar, ahora sí, de la cuestión del padre: en especial, de las vertientes del padre en la función del analista. Quienes ayer asistieron a la mesa sobre el padre real<sup>(4)</sup>, recordarán que en esa oportunidad, definimos al padre con relación a una operación de corte, padre - decíamos - es corte o agente del corte, aún cuando allí se juegue algo del orden del goce.

1. En la función del analista, en tanto operador de corte - hay otras, como por ejemplo la de soporte de la transferencia, la de semblant, etc. - se plantean dos vertientes del padre. La primera es la vertiente metafórica, que se pone en juego mediante la interpretación. Se trata del significante del Nombre del Padre puesto en juego en la realización de la metáfora paterna que cada interpretación constituye; función de corte en la dirección de la cura. Esta vertiente vinculada a la metáfora

paterna tiene un aspecto simbólico, esencial en lo que allí se juega del significante, y un aspecto real, que la sostiene. Este aspecto tiene que ver con la presencia - no nos referimos a los aspectos imaginarios de la presencia, sino a sus eficacias reales - y con el soporte que lo real del analista constituye en su acto, para el ejercicio de esa función simbólica.

Z. La segunda vertiente se refiere al goce del analista como père - version, expresión que habrán escuchado reiteradamente en estas jornadas. Versión del analista; real del goce del analista; un exceso de goce que acompaña a la vertiente anterior, que atraviesa al analista en el ejercicio de su función, y que muchas veces se pone en juego en su práctica, a pesar del acotamiento que el deseo del analista constituye. Es una faceta de la contratransferencia, en contraposición al deseo del analista. Père - version del analista como goce real del analista, y père - version del analista, en tanto, también implica frecuentemente la coalescencia con una dimensión del analizante, que desde el amor de transferencia, tiende a sostener ese goce. Esta es una versión particularmente resistente, de la resistencia de lo real en la cura. Aquí encontraríamos una nueva lectura, una nueva vuelta, desde lo real del goce, para aquella famosa frase de los comienzos de la enseñanza de Lacan: la resistencia es la resistencia del analista.

No nos atreveríamos a circunscribir el concepto de amor de transferencia a esto, que tal vez sea una de sus modalidades, particularmente relevante. Preferimos no expedirnos al respecto, y continuar con nuestras consideraciones, señalando que se trataría de una vicisitud de la cura, en la cual el amor de transferencia preesentifica la père - version del analizante, es decir la père - version que el analizante trae como transferencia a la cura: el amor al padre, versión hacia el padre.

Como hemos señalado, en ese punto de máxima resistencia, hay una coalescencia entre la père - version transferida por el analizante y la père - version propuesta desde la contratransferencia, como goce del analista. Sin embargo, suelen producirse ciertos puntos de impasse en la cura, donde aparece la contratransferencia como père - version del analista, sin que el analizante la sostenga desde el amor de transferencia. Dejando de lado la cuestión - de por sí interesante pero que nos distraería de nuestro hilo argumental - de si en este caso conviene seguir ubicando esta vicisitud de la cura bajo el concepto de contratransferencia, cabe señalar que a menos que alguna producción del análisis, algún punto de angustia o sintomático del analista, o del analizante, permita producir un corte de este goce por parte del analista, se producirá casi inexorablemente la interrupción de la cura por parte del analizante, quedando el acto de su costado, a veces convertido en un verdadero acto analítico.

Si bien la père - versión forma parte de la contratransferencia no toda la contratransferencia es père - version. Por otro lado, una parte importante de la

2

contratransferencia se juega en esta dimensión, hay otras vertientes de la contratransferencia. Por ejemplo, la vertiente narcisista del amor y del odio. O la vertiente maternal de la contratransferencia, respecto de la cual los analistas de tradición kleiniana han hecho una destacable producción.

En este punto podemos plantear la siguiente paradoja. Lacan afirma que no hay actividad del ser hablante que no implique un goce. Sin embargo, y esta es la otra rama de la paradoja, la ética del psicoanálisis prohíbe al analista, el goce y el pacto narcisista con el analizante: en contraposición, sostiene el deseo, en especial el deseo del analista. Entonces, ¿cuál es la relación con el goce de aquel hablante que ocupa el lugar del analista en tanto tal? ¿qué pasa allí con el goce?

Hasta aquí hablamos del goce del analista como père- version del analista en la dimensión de la contratransferencia. Pero, ¿ello implica una eliminación del goce del analista? ¿implica que el analista no goza? Así lo hemos pensado hasta hace un tiempo relativamente breve. Sin embargo, hoy tendemos a pensar la cuestión de otra manera. Arriesgo una propuesta: hay otro goce, posible de pensar y de situar, y creo que todos hemos tenido la experiencia de eso, hay otro goce que aquel goce contratransferencial; un goce que propongo situar como goce de la función del analista en tanto práctica de la letra, un goce vinculado al estilo, al estilo de cada analista. Un goce en conjunción con su deseo de analista.

La teoría plantea la disyunción entre goce y deseo. Sin embargo la clínica demuestra que esto no siempre es así. Algunas veces, nuestra experiencia nos exige para ser teorizada la puesta en conjunción de la dimensión del goce con el deseo. Ea conjunción, no implica que sean lo mismo. Se trata de una instancia clínica que es goce y deseo. Un ejemplo clásico, que cualquier analista puede encontrar y recordar en su experiencia, es el goce de la histérica del deseo insatisfecho, ya definido así desde Freud. Otro ejemplo es el de esta instancia que estamos intentando situar: un goce del analista en conjunción con el deseo del analista.

¿Qué lo diferencia del goce de la contratransferencia? La diferencia fundamental es que el goce de la práctica, de la función del análisis, toma al análisis mismo como su objeto, mientras que el goce de la contratransferencia toma al analizante como objeto, lo advierta o no el analista. Esto ocurre permanentemente, y algo que en nosotros trabaja constantemente, es el deseo del analista, para poner límite al goce de la contratransferencia. Por eso la posición del analista no es cómoda; y se define la clínica psicoanalítica como lo real imposible a sostener. Se trata de sostener un permanente vaciamiento del goce contratransferencial, operado por el deseo del analista, lo que permite que sobrevenga otro goce, producto del ejercicio del psicoanálisis como práctica de la letra, en conjunción con ese deseo.

Si bien, como hemos dicho el trabajo de vaciamiento del goce contratransferencial es permanente, muchas veces encontramos en el análisis, la experiencia de un tiempo de detención en la cura, que puede pasar inadvertido, pero

que cuando se advierte, se experimenta como una sensación, a veces compartida por el analizante, del orden del "no pasa nada". Allí hay en juego un goce; y es bien posible que el analista también esté gozando contratransferencialmente, con una puesta en suspenso del deseo del analista. Si bien no siempre - a veces hay un movimiento espontáneo por parte del analizante que despierta a ambos, analizante y analista-, es el acto analítico el que pone un límite tajante a esta situación, mediante una operación radical que hace caer el goce de la contratransferencia.

El acto analítico transforma goce en deseo, tanto para el analizante como para el analista. Doble aparición, entonces, del deseo del analista. Como causa y como consecuencia del acto analítico. Es decir, el acto analítico opera un relanzamiento del deseo del analista. Cuando se produce el acto analítico que permite cortar el goce contratransferencial, por vía de la interpretación, o de la escansión, entonces tiene lugar una renovación del deseo del analista, de la dimensión deseo del analista. A su vez, esta operación deja un resto de goce, que se juega en esa dimensión que hemos definido como goce de la práctica que converge con lo que vamos a llamar el estilo del analista.

¿Qué queremos decir con "estilo del analista"? En primer lugar, aclaremos, aunque sea obvio, hay un estilo del sujeto. El estilo no es solo cuestión de analistas; el estilo es de un sujeto. Y es toda una cuestión cómo se produce en la vida de un individuo, en la cual hoy no entraremos. En el contexto de un análisis podemos situar su producción o modificación, - aunque no estemos seguros que sea sólo allí - como resto de la operación del acto analítico. El acto analítico, entre otras cosas, produce estilo. Vamos a citar unas frases de la apertura a los *Écrits* de Lacan a la que hemos hecho referencia al comienzo de éste trabajo. Esos párrafos, me conmovieron. "El estilo es el hombre mismo", decía Buffon. "... suscribiremos de eso la fórmula pero a condición de alagarla: ¿el hombre a quien uno se dirige?. Esto sería simplemente satisfacer este principio promovido por nosotros: que en el lenguaje nuestro mensaje nos viene del Otro y para anunciarlo hasta el extremo, en una forma invertida. (...) Pero si el hombre se redujera a ser solo el lugar de retorno de nuestro discurso, ¿no nos volvería la pregunta de para qué dirigirlo?". Mas abajo agrega Lacan: "... esta división en la que el sujeto se verifica en la medida en que un objeto lo atraviesa sin que se penetren en nada, la cual está en el principio de lo que se eleva al final de este libro bajo el nombre de objeto *a* (a leer: pequeño a). Es el objeto que responde a la cuestión sobre el estilo, la que planteamos de entrada del juego. A este lugar que marcaba el hombre para Buffon, llamamos la caída de este objeto, reveladora porque lo aísla, a la vez como causa del deseo donde el sujeto se eclipsa, y como sosteniendo al sujeto entre verdad y saber. Del recorrido del cual estos escritos son los jalones y del estilo que su dirección ordena queremos conducir al lector, a una consecuencia donde le sea preciso poner lo suyo".

El estilo se construye como letra que marca y escribe la caída del objeto.

aislándolo, cito a Lacan, " como causa del deseo donde el sujeto se eclipsa," y como sosteniendo al sujeto entre verdad y saber". El estilo en tanto trazo hace su despliegue como corte entre un sujeto al que representa en tanto efecto y el objeto que cae en tanto producción. Un resto de goce allí se desprende, sosteniéndose al mismo tiempo que el deseo insiste. El estilo es así correlativo del deseo del analista. Se reescribe cada vez que el acto analítico hace de límite a la contratransferencia. Un goce, en tanto resto, le es inherente: goce de la práctica, goce de la hiancia que deja el objeto al caer, al tiempo que sostiene al sujeto entre verdad y saber.

Sobre este resto de goce conjeturamos, primero, la íntima relación con la sublimación que puede guardar este resto de goce en conjunción con el deseo del analista. Este es un punto a investigar, se discute. ¿De qué naturaleza es el goce del analista en tanto práctica? ¿Es del orden del goce femenino, del goce extra de la mujer con relación a la falta en el Otro? ¿Es del orden de la dimensión fálica?

La sublimación misma ¿es del orden del falo o del más allá del falo? ¿Del goce fálico o del goce de la falta en el Otro? No tenemos respuesta para esta pregunta.

Por ahora sabemos que, en tanto de ese goce algo podemos decir, tendemos a pensarlo del lado de la sublimación y del goce fálico, pero para mí no está cerrada la cuestión.

En segundo lugar, retomamos lo propuesto antes. Hay un goce, implicado en la práctica del análisis, que toma al análisis mismo como objeto. Este goce es diferente del goce negado al analista por la ética del psicoanálisis. Este goce negado al analista es el que toma al analizante como objeto. Esta es la vía de salida que propongo para la aporía que el goce plantea a la posición del analista.

Yo diría que la transmisión es función del acto analítico: Se suele hablar de transmisión en relación a una enseñanza pero hay que precisar los términos. La transmisión en psicoanálisis no es función de la enseñanza en sí, sino del acto analítico. Así es, por lo menos, en su núcleo: En la enseñanza también hay transmisión, pero no la hay sin una condición necesaria previa, que es la transmisión de ese núcleo que se juega en el análisis del analista. Este núcleo fue planteado por Freud y por Lacan, cada uno a su manera. Freud, en "Análisis terminable e interminable", propone que lo que se transmite es la convicción de la existencia del inconsciente. Diríamos, algo que tiene que ver con el significante uno. Lacan dirá en "Radiofonía", que el objeto *a* solo es deductible en la medida del psicoanálisis de cada uno. Significante uno, objeto *a*: dos dimensiones teóricas, dos letras en juego en el estilo del analista.

¿Y qué de la transmisión del estilo? Antes de abordar este punto, quiero hacer una digresión sobre un punto que quedó oscuro en mi exposición en la mesa redonda de ayer<sup>(2)</sup>. Luego de la mesa, se me acercaron varias personas y me dijeron: Pero Víctor, ¿qué quisiste decir con eso de "transmisión del goce"? ¿hay

transmisión del goce? Yo diría que no exactamente, si se trata del goce en sí mismo. Diría que hay que precisar los términos. El goce como tal no se transmite, pero sí se transmiten las marcas de un goce. Se trata de la transmisión de las marcas de un goce. Transmisión que puede darse, por ejemplo, de padres a hijos, o de maestro a discípulo. Un caso particular se juega en relación a una vertiente propiciatoria del goce del padre, ahí donde coloca como objeto causa de su deseo a una mujer o a una materia para su producción. Ese goce puede ser transmisible, no como tal, sino a través de sus marcas. Después el sujeto hará con esas marcas lo que pueda, o si puede, lo que quiera; incluso podrá llegar a constituir ahí un lugar de goce, un goce de él.

Volviendo sobre la transmisión del estilo, en relación al estilo del analista, y para concluir. La transmisión de un estilo, a diferencia de la identificación a un estilo, cuando se trata del pasaje de analizante a analista se juega allí donde el analizante, que adviene analista, toma las marcas del estilo de su analista, entre otras, para servirse de esas marcas a condición de prescindir de ellas. Esto hace recordar, con la inversión de sus términos, ese párrafo del Seminario "Le symptôme", del 13 de abril de 1976. Dice allí Lacan: "Del Nombre del Padre también se puede prescindir. También se puede prescindir, pero con la condición de servirse de él".

## NOTAS:

1. J. Lacan: "Ouverture de ce recueil." También podría traducirse este título por "Obertura de esta compilación".

2. En el momento de pasar al escrito esta exposición - junio de 1993- consideramos conveniente hacer saber nuestras reflexiones sobre este punto, posteriores a esta exposición. Advertimos que "errónea" no es una expresión justa para calificar esta lectura, así como tampoco la calificación de "prejuicios" es correcta para describir el estatus de la posición que respecto de la contratransferencia han tomado estos analistas, aunque muchas veces el prejuicio haya sido la actitud que acompañó a esta posición teórica, que según veremos tiene un importante soporte en la propia enseñanza de Lacan.

En el seminario "La transferencia" (clase del 8-3-61) trata en estos términos la cuestión: "El hecho de que haya transferencia fue suficiente para que estemos implicados en esta posición de ser aquel que contiene el agalma, el objeto fundamental del cual se trata en el análisis del sujeto, que caracterizamos como constituyendo el fantasma fundamental, como instaurando el lugar donde el sujeto puede fijarse como deseo. Es, en efecto, legítimo de la transferencia. Por lo tanto, no hay necesidad de hacer intervenir allí la contratransferencia como si se tratara de algo que sería la parte propia, y más aún, la parte errónea del analista".

En la clase del 15-3-61 dice lo siguiente: "Abordando pues, a partir de las dos últimas veces, la cuestión de la transferencia, lo hice del lado del analista. Esto no quiere decir que dé al término de contratransferencia el sentido con que es comúnmente recibido, como una especie de imperfección de la purificación del analista en la relación con el analizado. Al contrario, quiero decir que la contratransferencia, a saber, la implicación necesaria del analista en la situación de la transferencia, hace que finalmente debemos desconfiar de este término impropio de la existencia de la contratransferencia. Pura y simplemente las consecuencias necesarias del fenómeno en sí de la transferencia, si se analiza correctamente".

En el seminario de "La angustia", como veremos, lo toma para situar en el trato que diversos autores le dan al concepto de contratransferencia, la cuestión del deseo del analista, mientras que en el seminario "Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis" es tajante en el rechazo del término, dice allí: "La transferencia es un fenómeno en el que están incluidos juntamente el sujeto y el psicoanalista. Dividida en los términos de transferencia y contratransferencia, por mucha que sea la audacia, la desenvolvura, de las declaraciones que se permiten algunos sobre este tema, siempre es una forma de eludir la cuestión".

La pregunta que se nos plantea es la de si el concepto de deseo del analista, que, como se advierte a lo largo de nuestra exposición, viene a ocupar - junto al de transferencia - el lugar teórico dejado por el de contratransferencia al ser desechado, alcanza para teorizar la cuestión que suscita la subjetividad del que ocupa la posición de analista, más aún, si ambos conceptos, deseo del analista y transferencia, alcanzan para dar cuenta de - parafraseando a Lacan - "la implicación necesaria del analista en la situación de la transferencia", como soporte del agalma. Que no se trate de una "parte propia" o "errónea" del analista, no quiere decir que no haya que darle a esta instancia un nombre propio, que permita pensar en su singularidad teórica y discriminar su particularidad clínica, sin desconocer su articulación y hasta - si se lo prefiere - subsunción al concepto de transferencia.

Desafiando las explícitas condenas que hemos citado en esta nota al pie, y que dan soporte a la posición clásica del "lacañismo" sobre el tema, deseamos reabrir la cuestión por las razones que se explicitan a lo largo del trabajo. Si bien no somos amigos de pedirle permiso a los maestros para sostener nuestras posiciones, no viene mal apoyarse en sus puntos de vacilación, para reforzarlas, allí donde se trata de volver a interrogar lo que sostienen. Subrayamos al respecto, la ambigüedad de otro de los párrafos citados que recuerda a la señalada en "La dirección de la cura".

3. Ver las citas de la nota al pie nº 2. (Nota del autor, 1993).

4. Ver mi intervención en la mesa redonda sobre *El padre real* que lleva ese mismo título, en esta publicación.

5. Ver nota 4.